

Desengaño y Espiritualidad (Pos-antelación a un libro perdido)ⁱ

Carlos Enrique Berbeglia

Tribulación, acaso, sea el término preciso para reflejar la actual situación espiritual de Occidente, donde la tecnología enseñorea hasta en sus últimos resquicios y se extiende al resto del orbe con rapidez vertiginosa.

Este mundo técnico y racionalizado adolece, sin embargo, de una infelicidad raigal debida a la carencia de un horizonte que le permita trascender, su extendido devenir de certeza cognitiva y satisfacciones físicas, en tanto coexiste con la presencia de un futuro que fusiona previsibilidad cibernética en cuanto al calentamiento global y otros fenómenos ecológicos, con un miedo patológico a variadas acciones humanas (estas sí, imprevisibles y en donde los atentados del diverso terrorismo, no solamente el marginal sino, y fundamentalmente, el económico, el militar oficial, el publicista configuran sus visos).

Temor al futuro como tiempo físico y un silencio perturbador ante la eternidad como ultra tiempo metafísico por la presencia de la muerte y de un aniquilamiento definitivo del ser, de la unidad personal que acompaña a este ser y la conciencia de su fragilidad ante las diversas dimensiones del infinito que rodean al hombre permanentemente, y tanto lo amenazan cuanto lo esperan.

Aniquilamiento que la tecnología ni ha logrado, aún, disimular y condición, por otra parte, indispensable de la vida reinante en el planeta desde hace millones de años; su devenir tiene por base las transfiguraciones intercaladas en las constantes de vida-muerte de cuanto sea individual en aras de la sobrevivencia de entidades cada vez más generalizadas, así, hasta el arribo a esa totalidad orgánica conformada por la propia vida y que persiste creando y fagocitando a sus criaturas.

La conciencia de estas transformaciones es la que nos amilana, las bestezuelas huyen del peligro y, aunque nunca abandonan el estado de alerta, una vez a salvo, regresan a su persistente hoy de vida plenamente vivida como vida, en cambio, los hombres subsistimos atormentados por la plenitud de esa misma vida a sabiendas que cesará algún día. Ese es el precio que abonamos, primero por el desarrollo de la inteligencia, y, luego, por el de la razón.

¿En qué momento aparece Dios en la historia de los hombres? Ignoramos la presencia de comunidades que manifiesten su ausencia, pero esta confirmación de ninguna manera ha de valer como prueba indubitable de su existir para sociedades como la nuestra que, luego de siglos de concientización filosófico-científica ha logrado su enmudecimiento.

Silencio, (o silenciamiento) de Dios que aparece en coincidencia con la hartura humana de las injusticias a que se encuentran sometidos los hombres, su no aceptación y protesta ante la finitud manifiesta en la muerte, en los diversos sufrimientos provocados tanto por la ignorancia cuanto por una suerte adversa, los distintos dolores corporales presentes en discapacidades como la ceguera, las atrofas o las enfermedades que carcomen los cuerpos hasta ayer plenos de rubicundez, fuerza y belleza y, ahora, sometidos a la negrura de la pronta cesación definitiva.

¿Esa sordera de Dios será debida a su inexistencia acaso? ¿Es posible que se decrete la muerte, como hicieran los filósofos del siglo XIX, de algo que nunca ha existido y que, esa

inexistencia, antes que una hipoacucia plausible de, alguna vez, curarse, o de una muerte provisoria que le permita resurgir de sus cenizas, sea el gigantesco remolino que nos trague a las profundidades de un sinsentido voraz y tan sólido como el metal compacto?

La antigua relación con las deidades garantizaba el sentido de la vida no obstante lo absurdo de sus padecimientos y una felicidad sin trabas cubría, como un barniz brillante, cada una de las acciones de los hombres que, opulentos por la garantía de la fe, enfrentaban las alternativas de la historia o la naturaleza sin demasiada angustia.

Roto ese vínculo primario con la divinidad, al no desciframiento restringido de cuanto aconteciera sucedió una incomprensión total de los hechos, y, esa antigua felicidad comenzó a desaparecer del horizonte humano, siendo, rápidamente reemplazada por el bienestar provisorio del consumo que le devuelve, gracias a la tecnología, la felicidad perdida, pero en su aspecto parcial únicamente, al colmar su tiempo exterior de actividades, premuras y esfuerzos para obtener lo ofrecido en las góndolas del trabajo y del esparcimiento.

Pero la conciencia que antes renunciara a la felicidad que Dios garantizaba tampoco se encuentra plasmada en los bienes sustitutos que le ofrece la tecnología porque le patentiza un vaciamiento anterior que ella no alcanza a rellenar. Mas, esa conciencia que renuncia a Dios (por su sordera, inexistencia o muerte) ayudada por una razón que eligiera la libertad de la autonomía y el premio de lanzarse a volar por sí solo sabe, que ese mundo sin Dios **tampoco le garantiza la permanencia de esa libertad obtenida por el renunciamiento del cobijo supuesto en lo divino.**

Aquí, la encrucijada, ambos mundos, el que disponía de Dios y el de su carencia le piden al ser humano algo a cambio de las seguridades ofrecidas: la detención de su proceso racional y crítico que lo convierte, efectivamente, en hombre unido en su intimidad a sí mismo antes que esquizofrenizado por exigencia de la deidad o la tecnología. Liberarse de Dios resultó un paso substancial en ese crecimiento cuya prosecución, ahora, en cambio se lo obstaculiza la sociedad tecnologizada con las exigencias de entrega a sus prerrogativas.

Sin rebeldía ni desobediencia, profundas y auténticas, la libertad figura simplemente como un mero eslogan y no como la praxis y el valor más alto logrables por el individuo humano. Ya no le cabe, además, en este nuevo contexto, acusar a Dios de sus peores falencias como las guerras y otros males similares. Acaecida la desaparición de Dios la íntegra responsabilidad de cuanto le suceda será debido a él (no a Él) y, tal vez, ni siquiera a la maltratada naturaleza que, ahora, pareciera empecinarse, en el colmo de su dominio, en darle vuelta la espalda.

La permanencia de la crisis en, por lo menos, los últimos 150 años, se ha convertido en el tránsito cotidiano y normal de la historia, una crisis habitual y preparatoria en el albor de un nuevo rostro de la humanidad que no sabemos si ya se ha revelado o, aún, debemos aguardar para observarlo. Un pasado, entonces, de dependencia superada y un futuro, también de dependencia, a superar. Tal pareciera la alternativa de este momento de inflexión que atravesamos, en donde la conciencia de los seres concientes (siempre caracterizando a un porcentaje minoritario del género humano) descubre, o actualiza, que la conjunción de libertad, alegría, plenitud y conocimiento desde la cual aspirar a una convivencia armónica con el todo y nuestros semejantes, se diluye en el decurso temporal como el lago de los espejismos, **y la sed perdura igual.**

Ex profeso algo fundamental para el desarrollo de la integridad humana lo hemos dejado para el cierre de estas reflexiones autónomas a la vez que derivadas, hacemos referencia a la práctica del amor sin la cual sería ininteligible la existencia, empeño que el autor desplegaba en las disquisiciones del ensayo original, donde **no** contraponía el discurso de la posmodernidad

pasadaⁱⁱ con el de la espiritualidad sino, por el contrario, buscaba su amalgama a través de la persistencia del mensaje de Cristo (que padeció, bueno es recordarlo, *en sí mismo el silencio y ausencia de Dios precisamente* – San Mateo, 27, 46 “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”), un mensaje de amor y comprensión no obstante, que discurre de quien, además del abandono divino, sufriera, como hombre, la injusticia de sus semejantes.

ⁱ Hace unos años un sacerdote católico, José Luis Carassay, me pidió le prologara la obra cuyo título traslado a estas páginas, tras haberla leído y entregado el material hube perdido a ambos completamente de vista. El acuerdo fundamental al que arribáramos por aquel entonces fue el de no hacer ninguna mención directa al libro sino referirme libremente, a la temática que el mismo tratara, hecho que le diera una independencia conceptual notable respecto al escrito inspirador, y que le permite, ahora, obviamente con algunas enmiendas, aparecer como un pequeño ensayo que, tal vez, por esas extrañas coincidencias habituales del destino, permita el reencuentro con los extraviados en esta dimensión sin trabas de la literatura.

ⁱⁱ “Pasada” porque si existió un movimiento rápidamente **engullido** por el trascurso histórico ése, precisamente, fue el de la posmodernidad, arrastrando, por añadidura, la práctica totalidad de sus altisonantes declaraciones, entre ellas la pueril proclamación de la “muerte de las ideologías” (que yo mismo supe criticar por absurda durante la época que, masivamente, la suponía, voz discordante en el peor de los falaces convencionalismos en el que suelen caer los hombres, el intelectual). Resta de ella el recuerdo de la renovada ambición por comprender y aprehender el mundo, siempre avasallado por sí mismo.